

Cud 12 ab 88 R24775

22

LA MALDICION.

PENSAMIENTO DRAMATICO.

en un acto y en verso,

ORIGINAL DE

D. Enrique Zumel.



C
001
003 (22)
(22)

Núm. 29.

GRANADA.

IMPRESA Y LIBRERIA DE D. JOSE MARIA ZAMORA, editor.

1853.

PERSONAS.

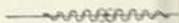


ROBERTO, poeta.

RICARDO.

UN ANCIANO.

La escena pasa en un caserío cerca
Felipe IV.



ADVERTENCIA

LA MALDICION, por su pobreza, no es drama; por su pobreza no es juguete: es solo un pensamiento escrito en pocas horas; un pensamiento vertido sin deslindar; ais- lamente enteramente por una pluma, que me ha parecido mas oportuno llamarlo poema dramático: si he acertado el público juzgará.

E Autor.

Esta obra pertenece al Repertorio Dramático de María Zamora, quien perseguirá, con a- lto al que sin su permiso la reimprima ó re- produce en el Reino, liceo, ó cualquiera otra sociedad de artistas, ó cualquiera otra contribucion pecuniaria ó de otra naturaleza.

7 400 40

Salsa

MADE

Acto único.

Habitacion de Roberto: una mesa con papeles, escribania, muchos manuscritos: un sillón de brazos, sillones, cama al foro con colgaduras: una ventana: puerta á la derecha: un armario con botella y copas: un velador, estantes con libros ó libreria: la escena á oscuras: el Anciano entra por la ventana.

ESCENA PRIMERA.

El ANCIANO.

Por fin tras tanto anhelar,
despues de cruzar la España,
logró mi terrible saña
en su estancia penetrar.
Aquí, sin tener memoria
de su crimen el traidor,
trabaja ya sin amor:
trabaja para su gloria.
Y se afana de tal suerte
por su risueña esperanza,
sin pensar que la venganza
puede llegar, y la muerte!
Tú, mi bien y mi alegría
sin pensar me arrebataste;

PERSONAS.



ROBERTO, poeta.

RICARDO.

UN ANCIANO.

La escena pasa en un caserío cerca de Tarifa, reinando Felipe IV.



ADVERTENCIA.

LA MALDICION, por su pobreza, no es drama; por su género, no es juguete: es solo un pensamiento escrito en pocas horas; pensamiento vertido sin deslindar; aislado enteramente por manera, que me ha parecido mas oportuno, llamarlo pensamiento dramático: si he acertado el público juzgará.

El Autor.

Esta obra pertenece al Repertorio Dramático, propiedad de D. José María Zamora, quien perseguirá, con arreglo á las leyes vigentes, al que sin su permiso la reimprima ó represente en algun teatro del Reino, liceo, ó cualquiera otra sociedad formada por acciones, suscripciones, ú otra contribucion pecuniaria, sea cualquiera su denominacion.

Acto único.

Habitacion de Roberto: una mesa con papeles, escribania, muchos manuscritos: un sillón de brazos, sillones, cama al foro con colgaduras: una ventana: puerta á la derecha: un armario con botella y copas: un velador, estantes con libros ó libreria: la escena á oscuras: el Anciano entra por la ventana.

ESCENA PRIMERA.

El ANCIANO.

Por fin tras tanto anhelar,
después de cruzar la España,
logró mi terrible saña
en su estancia penetrar.
Aquí, sin tener memoria
de su crimen el traidor,
trabaja ya sin amor:
trabaja para su gloria.
Y se afana de tal suerte
por su risueña esperanza,
sin pensar que la venganza
puede llegar, y la muerte!
Tú, mi bien y mi alegría
sin pensar me arrebataste;

mi esperanza sepultaste
bajo de una losa fria.
Tú despues me has despreciado,
y de la mano el acero
con un desarme certero
me arrancaste... desgraciado..!
No conoces los destellos
de la hoguera ó frenesi
que arde de furor aqui
bajo estos blancos cabellos!
Yo que vivir puedo apenas,
pues la edad me mortifica,
siento ardor que vivifica
la helada sangre en mis venas!
Tres años en pos de él
voy siguiendo su camino:
soy su sombra, su destino;
pero destino cruel!
Destino, que ha de privar
á ese hombre de la vida:
mi furor, en homicida
sin duda me ha de trocar.
Porque toda la ambicion
que dentro del pecho abrigo,
es partir á ese enemigo
indefenso el corazon..!
Tal muerte, por vida mia,
me trocará en asesino;
pero quiere mi destino
que obre yo con villania.
Ya la maldita vejez;
ya mi fortuna maldita,
fuerzas al brazo me quita
y doblega mi altivez.
Y en aquesta situacion
permite sin duda el cielo,
que tenga el cuerpo de hielo
y de fuego el corazon.
Que medito, bien lo sé,
un intento bien impio;
mas por él, el hijo mio...
ay..! asesinado fué..!
Y al salir del sol la luz
llorando yo le abrazaba,
y vengarlo le juraba

por el que murió en la cruz..!
Siento pasos por aquí,
(Dirigiéndose á la puerta derecha.)
y vienen dos según creo;
por la cerraja los veo....
Mas dónde me oculto? Allí!
(Se esconde entre las cortinas de la cama.)

ESCENA II.

El ANCIANO oculto, RICARDO, ROBERTO con luz.

- ROB. En esta estancia, mi querido amigo,
á mis estudios sin cesar me entrego,
y retirado de la casa toda,
en mis libros encuentro mi consuelo:
pues de continuo acosan mi memoria,
de horrores mil fatales los recuerdos.
- RIC. Refiéreme, Roberto, tus pesares:
después de ausencia de tan largo tiempo,
tendrás que confiarme, caro amigo,
ese pesar que te lacera el pecho.
- ROB. Si, Ricardo: pesar que me devora:
pues este que delante hora estás viendo,
este que por lo noble y por lo honrado
se mereció de muchos el aprecio,
ya no abriga virtud; ya le atormentan
en todas partes, mil remordimientos.
- RIC. Remordimientos tú?
- ROB. Si..! soy culpable,
y culpable de crimen muy horrendo:
yo soy un homicida, un asesino;
horrible maldición sobre mi tengo..!
- RIC. Mas siéntate á mi lado, y al instante
refiéreme tus penas, buen Roberto;
pues quiero ya saber aqúese crimen
que así te causa tal remordimiento.
- ROB. Escúchame, Ricardo, que hay destinos
fatales, mas horribles que el infierno.
(Después de una pausa como resolviéndose dice.)



Estando en Barcelona ha cuatro años
 y de la Santa Virgen en el templo,
 vi una jóven hermosa, y de sus prendas
 quedeme enamorado en el momento:
 al salir la seguí: supe su casa,
 y de mi ardiente amor pintela el fuego;
 yo escuché de su boca un «yo te amo»
 que dichoso me hizo y sin recelo,
 pedí su mano, y el anciano padre
 me la otorgó, Ricardo, en el momento:
 y despues de ocho meses que la amaba
 mirando en ella solo mi embeleso,
 me gozaba en pensar llegaba el día
 que nos uniera el lazo de Himeneo.
 El día llegó: salones alumbrados,
 ricas alfombras, aparato régio:
 señoras adornadas con grandeza,
 galanes y lucidos caballeros,
 todo, en fin, anunciaba nuestro enlace;
 yo estaba loco de placer... oh cielo!
 A Elvira mi adorada, entre las bellas
 mas hermosa que todas la vi, siendo
 la envidia de las damas: yo gozoso
 la causaba á galanes caballeros:
 en ella se fijaban las miradas
 todas de admiracion y de respeto;
 mas voló tanta dicha aun no cumplida,
 y decretó sin duda el Ser Eterno,
 que aquella misma noche, yo infelice
 el cáliz del dolor bebiese entero.
 De pronto Elvira, mi futura esposa,
 desapareció de allí: algunos momentos,
 estrañando su falta yo callaba,
 pues nunca me temi tan mal suceso;
 ya la ausencia era larga, y todo el mundo
 la bella novia echaba ya de menos,
 cuando el padre de Elvira se me acerca,
 trémulo, pesaroso con estremo:
 me llama y una carta me presenta
 que le entregó un criado hacia un momento;
 carta que tengo aqui: voy á leerla:
 escúchame: se esplica en estos términos.

(Habrá tomado la carta de su carpeta y lee.)

«Conozco que soy culpable; pero no puedo pasar por otro punto: solo temo vuestra maldicion, y el pesar

que causaré á Roberto: al corazon no puede mandar-se, y él ha mandado á mi razon; despues de tratado mi enlace conoci á otro hombre, que me ha inspirado una pasion que destruye mi primer cariño: no he tenido suficiente valor para darle el desengaño: crei que viendo el aparato nupcial me decidiria á casarme con Roberto; pero este mismo aparato me ha aterrado; en el salon he sabido que el que amo iba á suicidarse si me casaba, y yo por evitarlo huyo con él: estoy loca, fascinada, no sé lo que me hago; por Dios, padre mio, no me maldigais..!»

RIC. Imposible parece, caro amigo,
que guarde una mujer sola en su pecho
tanta maldad; tan grande alevosia;
tanta dosis de hiel y de veneno.

ROB. Considera mi estado y los dolores,
las mortales angustias, los tormentos
que asaltarían mi corazon sensible;
que abrasaron al punto mi cerebro.
Yo no pude llorar: temblor terrible
de pronto trastornó todos mis miembros;
todos hablaban bajo, me miraban,
algunos me indicaron con el dedo;
otros ya mi dolor compadecian:
yo estaba casi loco, casi lelo..!
mi frente ardía cual si fuese lava;
el corazon tornóseme en un hielo..!
Recobré la razon; tendí la vista,
estaban los salones ya desiertos,
apagadas las luces, todo triste,
todo se hallaba con fatal aspecto..!
Salgo veloz de allí: pregunto á todos:
nada puedo saber... me desespero!
Al dia siguiente, que al nacer la aurora
marchaban á Valencia, me dijeron,
los dos montados en caballos fieles;
ensillo mi bridon en el momento:
bien armado, lo monto, meto espuelas;
todo el dia corri, no pude verlos!
Llego al anocheecer á cierta venta,
pregunto, y me responden sonriendo:
«Un jóven y una bella señorita
que á caballo caminan, se salieron
de esta venta no hará ni media hora.»
Vuelvo á montar, corri por el sendero;

y despues de correr algunas horas,
entre las ramas del camino, veo
varios bultos, dirjome á aquel sitio:
el corazon, amigo, me dió un vuelco;
aunque estaba la noche muy oscura,
un hombre y mujer vi: pensé eran ellos;
hablaba la mujer: á mis oidos
llegaba de su voz el dulce eco,
y era la voz de Elvira la que oia;
no reflexiono ya: la razon pierdo:
disparo una pistola, hiero al hombre...
un ay..! terrible resonó en mi pecho:
gritos de una mujer desesperada
por todo el bosque sin cesar se oyeron.
La luna que velada por las nubes
la faz nos ocultó hasta aquel momento,
su luz de pronto dió: vi las facciones
de la mujer que estaba sin consuelo.
No era Elvira, Ricardo! no era Elvira!
á su esposo maté cuando hice fuego.
Y al mirarme, me dijo la infelice
con una voz que al recordarla tiemblo,
«Has matado, traidor, al dueño mio!
su muerte sin dudar vengará el cielo!
Permita Dios que un hombre te asesine;
que mueras por puñal ó por veneno;
que veas aparecer una esperanza,
y que la muerte te la quite luego;
que mueras como un perro, renegando;
que espires acosado de tormentos;
y cuando quedes, vil, inanimado,
tu alma culpable baje á los infiernos.»
Horrible escena! maldecida Elvira!
la causa fué de tu furor sangriento!

RIC.

ROB.

De aquella maldicion desesperada
escucho en mis oidos siempre el eco:
si aterrada quizá mi fantasia
por tener de esa escena algun recuerdo
gira mi vista en torno, al infelice
que vilmente maté, tendido veo;
si corro á esos jardines aterrado
y mi vista levanto hasta los cielos,
veo que en tropel las nubes se adelantan
en mi contra, sirviendo de instrumento,
para darme castigo, por malvado,

de la santa justicia del Eterno..!
 Si á la playa bajé diversas veces
 á contemplar del mar el movimiento,
 las movibles montañas cristalinas
 la una tras la otra sacudiendo
 se estrellan en la orilla, y me parece
 se irritan contra mi, y entonces tiemblo..!
 Y al escuchar á veces el rugido
 de la ola impelida por el viento,
 no es rugido del mar el que yo escucho:
 es el ay..! doloroso, aquel lamento
 que exhaló al espirar la triste victima,
 cuando corrió su sangre por el suelo..!
 Entonces huyo: como loco grito;
 llego á casa; me arrojo en ese lecho;
 con las manos aprieto mis oídos;
 de mis ojos los párpados aprieto;
 entonces, en mi loca fantasia,
 negros fantasmas que se cruzan veo!
 mil chispazos de luz, que desaparecen;
 en mis oídos oprimidos, siento
 un rumor leve, que me martiriza,
 que me aturde y trastorna mi cerebro,
 y me figuro oír lejanamente
 cual si eco fuera que impeliere el viento..!
 «Permita Dios que un hombre te asesine,
 que espire por puñal ó por veneno..!»
 pierdo entonce el sentido: me desmayo,
 y me asalta despues pesado sueño...!

Ric. Tranquilizate, amigo: ya desecha
 de aquella horrible escena los recuerdos:
 el crimen cometiste; á un inocente
 entonces inmolaste por tus celos;
 pero el cielo perdona á los culpados,
 y tambien el perdon dará á tu yerro.

Rob. Es verdad, si, Ricardo; razon tienes,
 que como loco obré, ya ves que es cierto;
 yo me quise vengar de los inicuos
 que destrozaron sin piedad mi pecho:
 el cielo colocomo en mi camino
 aquellos infelices; pudo el cielo
 dar luz á mi razon, y mi delito
 evitado se hubiera en el momento.

Ric. Mas no culpes á Dios: culpa al destino,
 aunque Dios te lo ha dado malo ó bueno;

- olvida á Elvira; olvida tus amores;
todo olvidalo en fin: un mundo nuevo
mira en todo de hoy mas, amigo mio,
y en breve cobrarás calma y contento.
- Rob. Si, si! tienes razon; ya algunos ratos
cuando aqui solo y sin pensar me encuentro,
hallo un placer en escribir, Ricardo,
y gozo al repasar mis pobres versos.
Quiero huir del amor y de los hombres,
y trabajo tan solo á ver si puedo
alcanzar el halago de la gloria:
mis esperanzas en la gloria tengo;
y si acabo, Ricardo, ese poema
que lo admiraron muchos al leerlo...
tal vez pueda dejar de mi existencia
en este mundo triste algun recuerdo.
- Ric. Haces bien: es dulce la poesia;
ella te hará feliz, mi buen Roberto.
- Rob. Pero, Ricardo, ha poco que llegaste,
no has reposado aun; y asi, yo quiero
que te vengas conmigo: he de indicarte,
porque pronto reposes, aposento.
- Ric. Muy retirado el pabellon se encuentra
de la casa; y asi, yo iré, Roberto:
alli me enseñarán, no te molestes.
- Rob. Déjame, amigo: acompañarte quiero.

ESCENA III.

EL ANCIANO.

El mismo ha confesado su delito,
y con todo, sostengo horrible lucha:
ese hombre es desgraciado: es el destino
el que al abismo sin cesar le empuja!
deberé perdonarle? sí... que viva!
qué puedo yo sacar de que sucumba?
recobre la quietud que ya ha perdido
mientras sufro en silencio mi amargura,
y los restos del hijo que él me ha muerto

los inmundos gusanos desmenuzan.
El, no quiso matar al hijo mio:
del raptor de su honra, iba en la busca;
él se quiso vengar de aquel que huía
porque le roba osado la ventura,
y al inocente, vida le arrebató,
sin mirar á quien mata en su locura:
dos muertes ha causado: no... tres eran..!
La esposa acongojada allí se insulta,
y vuelve del deliquio para hundirse
en el fondo de helada sepultura.
El fruto desgraciado, que en su seno
llevaba ya la triste sin ventura,
sin ver la luz del sol pierde la vida:
tres personas mató matando á una!
Y yo desventurado que padezco,
de dolor moriré; si, si! no hay duda!
Y podré perdonar á ese Roberto
y dejarle vivir? Oh..! no, no..! nunca..!
La maldicion que teme el desgraciado
de puñal y veneno, que se cumpla..!
y si se cumplirá: volcan de rabia
de mi frente se inflama en cada arruga,
y anhelo ver morir á ese hombre loco,
para gozarme en sus congojas últimas..!

.....
El no quiso matarle: el cielo quiso
cegarlo... si, es verdad..! de él fué la culpa..!
estaba el corazon del infelice
de rabia rebosando y de amargura...
y qué tuvo que ver el hijo mio
con el robo fatal de su futura?
Si él le quiso al raptor quitar la vida,
entonce á mi furor yo tengo excusa:
él me robó á mi hijo y á su esposa,
y al nieto que hora fuera mi ventura;
si él castigaba al otro con la muerte,
para su crimen, no..! no basta una..!
A mas, que el hijo que angustiado lloro
y sabe que me acosa aquesta lucha,
dirá tal vez... «El juramento santo
que hicisteis en mi yerta sepultura,
es preciso cumplirlo, padre mio..!»
Cierto! tiene razon... pues que se cumpla..!
(Pausa. Trueno y lluvia que va creciendo hasta el final.)

Mala la noche está! El cielo mismo,
con sus truenos, me incita ya sin duda
á que vengue la muerte de mi hijo..!
Será que mi venganza le repugna..?
Pero no! no será..! mi juramento
deberase cumplir... rumor se escucha...
un medio me ha ocurrido favorable...
sí... sí, que es el mejor... será la astucia!
(*Se marcha por la ventana.*)

ESCENA IV.

ROBERTO.

Ricardo tiene razon!
solo puede la poesia
devolverle la alegria
y la paz al corazon.
Aqui del mundo olvidado,
no vendrá ya á mi memoria
mas que un recuerdo de gloria:
con él, seré afortunado.
Con este nuevo sistema
en Dios pondré mi esperanza:
con mi pluma es mi alianza,
y mi amor es mi poema.
Tambien tenemos amor
á la obra que creamos:
tambien los versos amamos,
como ama al cáliz la flor.
Y á fe que no son patrañas;
es una pasion completa:
á su obra adora el poeta
cual á hijo de sus entrañas.
Sea de noche, sea de dia,
con ella nos recreamos:
con ella á solas gozamos,
y nos hace compañía.
Los consejos de mi amigo
me enseñan esta verdad:
mi poema, en realidad,

poner puedo por testigo. (Trueno.)

Mala está la noche á fe..!
asustar pudiera á un leño:
mientras no me rinda el sueño,
un poco adelantaré.

(Toma un manuscrito y ojea: luego leerá lo que sigue.)

«Ruge la ola al estrellarse rápida
sobre el roto peñon que está en la orilla;
y relucientes perlas por el viento
que fuerte sopla salen impelidas,
remojando al caer la fina arena
que rabioso Rodrigo entonces pisa,
y el réprobo reniega furibundo,
jura y blasfema, reventando en ira!»

(Golpes á la puerta.)

Han llamado! quién será?

ANC.

(Dentro.)

Abridme por Dios, señor,

ROB.

Pero quién es?

ANC.

(Dentro.) Por favor..!

ROB.

Mucho llueve: sí, ya va..!

Esa voz no conoci:

un extraño y á esta hora?

Parece que triste implora...

mas qué dudo..? abriré, si..!

ESCENA ULTIMA.

ROBERTO, el ANCIANO.

ANC.

Gracias, que llueve con fe!

ROB.

Pasad y sentaos, anciano,

aquí teneis fuego...

ANC.

Es vano:

yo pronto me marcharé.

ROB.

Mas perdonad si reparo
que hayais llegado hasta aquí...

ANC.

Ya sé que lo extrañais, si,
y os lo explicaré bien claro.

Para Tarifa marchaba

- ya fatigado y con frio:
he visto este caserío,
y la lluvia me calaba.
En la cerca del jardín
hay un boquete y me entré;
un momento me amparé
bajo un árbol; pero al fin
tanto la lluvia apretó,
que mojé mi testa cana:
vi luz en esa ventana,
que hasta aquí me dirigió.
Y pues fatigado estoy
y calado hasta los pies,
descansaré: que despues
para Tarifa me voy.
- ROB. Si quereis, os llevaré
à la casa: y aposento
muy cómodo en el momento...
- ANC. No señor, no! para qué?
- ROB. Tomareis algun bocado:
porque aquí siento infinito...
- ANC. Señor, no tengo apetito;
tan solo estoy muy cansado.
- ROB. Es verdad, porque el camino...
mas creo no rehusareis...
oh no..! porque beberéis
una copa de buen vino.
- ANC. (Tal vez pudiera...) Eso sí.
- ROB. Aquí lo tengo, señor.
(Toma del armario la botella y una copa que sirve.)
- ANC. Y tiene hermoso color...
este vino no es de aquí.
- ROB. De Jeréz: no bebeis?
- ANC. Oh...!
- ROB. es que una gracia quisiera...
Y cuál es?
- ANC. Que se bebiera
otra copa como yo.
Porque ya que en obsequiarme
os habeis aquí empeñado,
y me habeis abrigo dado,
debereis acompañarme.
- ROB. Voy otra copa à sacar.
(Mientras va por ella, el Anciano vierte un pomito que
sacará en la copa que está servida, con mucha rapidéz.)

- Anc. Aquí está: me serviré.
 Dejadme que yo lo haré... *(La sirve.)*
 pero vais á reparar
 que un anciano de este año
 aunque es á fe desgraciado
 y ha sido siempre soldado,
 antojos tiene de niño.
 Dos copas llenas, aquí
 para nosotros están:
 ganas de tomar me dan
 la segunda para mi.
- Rob. Si mas la segunda os place,
 tomadla y yo la primera: *(Las toman.)*
 porque de cualquier manera
 complaceros me complace. *(Beben.)*
- Anc. Y aun mas vale que el color
 el gusto que al paladar...
 pues amigo, no hay dudar,
 excelente es el licor.
- Rob. Decis que á Tarifa vais?
- Anc. A Tarifa, no sé á qué!
- Rob. Qué no lo sabeis?
- Anc. No sé.
 y reparo lo estrañeis.
- Rob. Y creo que sobra motivo
 para causar mi estrañeza.
- Anc. Pues no os cabrá en la cabeza
 pensar que no sé si vivo.
- Rob. Señor...
- Anc. Pero quién podrá
 cuando hable con un amigo,
 teniendo algun enemigo
 creerse que vivirá?
- Rob. Con qué enemigos teneis?
- Anc. Enemigos tengo, si:
 despacio estamos aqui,
 y mi historia escuchareis.
(Roberto irá manifestando poco á poco disgusto: luego dolores causados por el veneno, al par que remordimientos.)
 Pasé mi juventud siendo soldado,
 y fui dichoso con querida esposa;
 despues, la suerte me hizo desgraciado:
 mi consorte cubrió la yerta losa.
 Mucho lloré una prenda tan querida,

pues la amaba con ciego desatino:
 ella era mi tesoro, era mi vida,
 pero quiso robármela el destino.
 Un hijo me dejó; yo lo adoraba,
 y en medio de mi llanto y agonía
 cariñoso mi pena consolaba,
 y tornaba á mi pecho la alegría.

Ese niño creció, y un hombre era:
 él se cuidaba de su pobre viejo,
 atusaba mi blanca cabellera,
 á la par que escuchaba mi consejo.

Despues, se enamoró de una hermosura,
 para su enlace dile la licencia:
 los jóvenes lograron su ventura
 celebrando sus nupcias en Valencia.

Al verlos yo dichosos, me gozaba:
 mi suerte se mostraba ya propicia:
 aquel feliz enlace que miraba,
 era en fin, mi embeleso, mi delicia.

Mas una noche... noche bien oscura...
 noche de maldicion, quiso el Eterno
 que le arrancase al viejo su ventura,
 un hombre vil, un monstruo del averno.

El buscaba frenético á un osado
 que le robara su futura esposa:
 pensó que era mi hijo aquel malvado,
 y sin verlo le dió muerte alevosa.

ROB.

ANC.

Oh..! Cielos!
 Pero al ver al infelice
 que se revuelca ya casi espirando,
 frenética la esposa, allí maldice
 al matador del misero, esclamando:
 «Permita Dios que un hombre te asesine;
 que mueras por puñal ó por veneno!

ROB.

ANC.

Callad! callad!
 Dejad que se termine
 la relacion del caso porque peno!
 Esto no puede ser..! es sueño horrible..!
 vos su padre... no, no! sois una sombra!
 eso no puede ser... es imposible..!

ANC.

Ese mirar frenético me asombra..!
 Qué no quede ser, dices, miserable..?
 mira los surcos que en mi rostro hicieron
 las lágrimas... mi frente venerable
 ostenta los dolores que imprimieron

- la pérdida del hijo que he llorado,
porque tú le mataste en las montañas:
la de la esposa triste que ha espirado
con el fruto de amor en sus entrañas.
- Rob. Oh Dios..! no puedo mas..! sueño! deliro!
mi mente trastornada se enloquece..!
turbio ya se presenta cuanto miro..!
siento un ardor aqui que crece y crece..!
(*Cae en el sillón junto á la mesa.*)
- Anc. Es que habrás de tener en la memoria
que debes renunciar á la esperanza
de obtener con tus versos vana gloria,
pues el paso te cierra la venganza!
Yo vi al hijo, en la última agonía,
moribundo en el campo, casi yerto,
sobre su roja sangre que teñía
las frías sombras de infelice muerto..!
Yo le juré vengar, y en todas partes
he sido yo tu sombra: tu destino..!
me he valido de engaños y de artes
para encontrarme siempre en tu camino!
Yo soy el hombre aquel que enmascarado
hace un año buscoté en noche oscura,
y fué por tu destreza desarmado
por ser mas jóven y con mas ventura.
- Rob. Me abraso..! por piedad..! pero que es esto?
qué tengo yo... gran Dios..! que me devora..!
apártate de aqui, viejo funesto!
apártate de aqui!
- Anc. Llegó tu hora..!
La maldición que está sobre tu frente,
sin duda que se encuentra ya cumplida,
se pasarán instantes solamente
y quedará tu tronco sin la vida!
Pues yo que sostenerme puedo apenas
y del crimen vivi por siempre ageno,
he dispuesto que corra por tus venas
abrasador y rápido veneno..!
- Rob. Oh..! yo no quiero morir... esa sentencia
revocadmela, anciano, por tu vida..!
prolonga algunas horas mi existencia
para dejar mi obra concluida...
Y perder uno asi sus esperanzas..!
y tan jóven morir..! es increíble..!
son feroces, anciano, esas venganzas..!



ANC. ay! ay...! mi corazon... mas no es posible!
«Que veas aparecer una esperanza,
y que la muerte te la quite luego...!»
ROB. Agua por Dios...!

ANC. El agua no te alcanza
para apagar la llama de ese fuego...!
Vé el anatema triste recordando,
para pasar tus últimos momentos...!
«Que mueras como un perro, renegando...
que espieres acosado de tormentos...!»
El temblor de la muerte te conmueve...
ya se me cumple la esperanza mia...
todo tu ser mortal ya se remueve:
ya escucho el estertor de tu agonía...!
Me gozo en tu mirar desencajado...
tus dolores, en fin, serán eternos...
«Y cuando quedes, vil, inanimado,
tu alma culpable baje á los infiernos...!»

(Roberto, que desde el principio habrá manifestado inquietud y los síntomas del veneno, al llegar aquí ya estará desencajado, convulso: al concluir el Anciano, sufrirá contracciones nerviosas atroces: el Anciano se conmueve y vuelve la vista. Esta escena pende de los actores. Trueno: pausa corta.)

ANC. Ah...! ya no tengo valor
para verle así morir...!
debe el misero sufrir
inconsolable dolor!

(Roberto dirige la vista, unas veces al anciano y otras al manuscrito del poema, siempre luchando con los dolores que le produce el veneno y con los remordimientos: á los últimos versos que diga Roberto, el Anciano entre horrorizado y arrepentido insensiblemente viene á quedar de rodillas, pero sin mirar á Roberto.)

ROB. Cielos...! ay...! eterno Dios...!
que castigas... mi delito...
aquel error... tan maldito...
perdonádmelo ya, vos...!
Este... martirio... que paso...
espíe... mi culpa horrible...
ay...! que perezca... es posible...
sin acabar... oh...! me abraso...!
Elvira...! la maldición...!
y morir... aquí...! me quema...!

sin concluir... mi poema...
sin verter... mi inspiracion..!

(Dirije la vista convulsa al manuscrito y queda inclinado sobre la mesa: sufre una violenta contraccion y espira: trueno: pausa corta.

ANC.

Hijo infelice que en la tumba moras..!
tu alma feliz se encontrará en el cielo,
y acaso al Ser Eterno allí le imploras
porque me dé ventura en este suelo..?
Si Dios juzga este paso, tú no ignoras
que te he visto espirar, y sin consuelo
yo te juré vengar desesperado..!
Disculpame con Dios..! ya estás vengado!

FIN.

Aprobado por la Junta de censura de los teatros del reino.

sin embargo... el poema
de veros... el momento
de este la vida... el momento
de esta la vida... el momento
de esta la vida... el momento

Así...
de esta la vida... el momento
de esta la vida... el momento

Por

Aprobada por la Junta de censura de los libros del reino.